

Sale de dentro del alma
La voz que penetra el cielo,
Pidiendo con justa causa,
«Venganza.»
Dice: — Pues que me faltó
Mi hermana y dulce compañía,
De hoy mas me será la vida
Enfadosa, triste y larga.
Y tú, cielo, pues que ves
Mi soledad y desgracia,
Hazme del orbe otra Elena
Antes que muera vengada,
«Venganza.»—

(Romancero general.)

489.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

La desesperada Dido
De pechos sobre una almena
Dice, viendo por el mar
Huir la flota de Enéas:
«Oh dura Troya, fementida Elena,
»Primeras ocasiones de mi pena!»
Si París fuera buen huésped,
Y fiel esposa la griega,
Troya gozara su imperio,
Y sus capitanes Grecia.
«Oh dura Troya, etc.!»
Ni las reliquias troyanas
Tocarán en mi ribera,
Ni el cruel hijo de Anquises
Se burlará de mi pena.
«Oh dura Troya, etc.!»
Paréceme que su nave
Es la que va mas lijera,
Y yo triste, con suspiros
Mas viento doy á sus velas.
«Oh dura Troya, etc.!»
¿De quién huyes, fementido?
¿A quién buscas, ó á quién dejas?
¿Tras lo incierto te aventuras,
Y lo que es cierto desprecias?
«Oh dura Troya, etc.!»
Mientras se quejaba Dido,
La flota tanto se aleja,
Que apenas entre las olas
Pudo discernir las velas.
«Oh dura Troya, etc.!»
Miraba una rica espada,
Que del fugitivo fuera,
Y tomándola en sus manos
Vuelve á repetir la pena.
«Oh dura Troya, etc.!»
«Oh dulces, mientras Dios quiso,
Cuanto agora amargas prendas,
Vos gozaréis de mi vida.
Pues del alma triunfa Enéas!
«Oh dura Troya, fementida Elena,
Primeras ocasiones de mi pena!»

(Romancero general.)

490.

TURNO VENCIDO POR ENÉAS.

(Anónimo.)

Luego que al furioso Turno
Le dejó el funesto agüero,
En vez del usado brio
Vestido de espanto y miedo,
La lanza de su enemigo
A las espaldas sintiendo,
Corre huyendo de Enéas,
Que es quien le sigue corriendo.

Forjaba en la fantasía
Mil acobardados miedos,
Cosa propia del que huye
Cuando hay poca tierra en medio.
Enéas á esta sazón,
Dándole fuerza á su esfuerzo,
La lanza le arroja airado
Por aire y armas hendiendo.
Rompió del famoso escudo
Los siete acerados cercos,
Y la falda de la cota
Metió por el muslo adentro.
Rindióse á la humana fuerza
El que no se rindió al cielo,
Y humilde por tierra puso
Esperanza y pensamiento.
Tendido sobre su sangre,
En ella y en polvo envuelto,
En su enemigo los ojos,
Humilde le está diciendo:
— Duélete de la vejez
De un viejo padre que tengo,
No de mí, que fui contrario
A tu fuerza y á tu intento.
El rey que los niños hacen
Dura lo que dura el juego,
Y siendo el juego acabado,
Todos le repelan luego.
Rey he sido de muchachos,
Y muchacho rey electo,
Y bien han sido mis cosas
Como de mozo indiscreto.
¿Perdona, troyano duque,
Y enviame vivo ó muerto,
Aunque muerto es ménos gloria,
Pues ya te han visto venciendo!—
Estuvo sobre sí Enéas,
Los fieros ojos torciendo,
Y el brazo en el aire alzado,
Ya ménos bravo, suspenso.
De la queja lastimosa
Se iba un poco enterneciendo,
Y la oreja la inclinaba
Al blando y humilde ruego,
Cuando en los contrarios hombros
Miró el oro reluciendo
De la banda tinta en sangre
Del amigo recién muerto.
Resucitó en él la furia
La memoria de aquel hecho,
Y la ya sangrienta espada
Le esconde dentro del pecho.

(Romancero general.)

491.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Tendido está el fuerte Turno
A los piés del pio Enéas;
Piedad pide con los ojos,
Que es infamia con la lengua.
— ¡Oh valiente capitán,
Hoy la fortuna te premia;
Que el no sufrir desventura,
Ésa es desventura cierta!
A tus piés tienes mi cuello,
Tan grande humildad te vena;
Que si me matas vencido,
Tu misma victoria afrentas.
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»
Si al que huye no le siguen
Por ser ley de buena guerra,
El que huye de rendido,
Ménos razon es que muera.
Si la justicia perdona

Al reo que se presenta,
El pedirte yo piedad
Es meterme en tu cadena.
Mas se vengan del cautivo
Con vida que no sin ella;
Si vivo, tomas venganza,
Si me matas, no te vengas.
«Tu nombre infamas, etc.»—
Iba la breve oracion
Llena de elegancia hecha,
Moviendo al gran vencedor
A compasion y clemencia;

Cuando vido entre la gola
Una banda de oro y negra,
Que era de su amigo Pálas
A quien Turno muerto deja.
— Pálas te mata, le dice,
Mi amigo, Pálas se vengas.—
Y así Turno ya espirando
Reptió la voz postrera.
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»
(Romancero general.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES A LA HISTORIA DEL ASIA
Y DE LAS DOS GRECIAS.

492.

HISTORIA DE CIRO, REY DE PERSIA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En la provincia de Media
Otro tiempo un rey habia
Valeroso y esforzado
Que Astiáges se decia.
Una hija tuvo sola,
Que hijo varon no habia:
Mandane tuvo por nombre,
Que como á sí la queria.
Un sueño soñó este rey,
En su lecho do dormia:
Que en la parte natural
De su hija, nacer via
Una vid con un sarmiento,
Que la Asia toda cubria.
Consultó los adivinos
Que en todo su reino habia;
Dijéronle que de su hija
Un nieto le naceria,
Que andando el tiempo adelante
Del reino le privaria.
El Rey, con esta respuesta,
Grande turbacion sentia;
No comia á su sabor,
Las noches no las dormia;
Mientras mas pensaba en ello
La congoja mas crecia.
Tomó en fin este expediente,
Muy bueno á su fantasía,
De no casar á Mandane
Con varon de gran valía.
A la provincia de Persia
La hija á casar envía
Con Cambises, que en su patria
Mediano estado tenia,
Porque si hijo pariese
Muy poco presumiria,
Faltándole la nobleza,
Que del padre decendia.
Mas en vano se trabaja
La humana sabiduría
Cuando quiere repugnar
A lo que Dios quiere y guía.
Mas el Rey con todo aquello
Sosegarse no podia.
Supo que estaba preñada,
Y luego por ella envía,
Y dentro de su palacio
A recaudo la tenia,
Con pensamiento dañado,
Que en el su pecho encubria
De matar luego el infante,

O infanta que naceria.
Ya los dolores del parto
La triste hija sentia;
Un infante muy hermoso
Apénas parido habia,
Cuando el Rey mandó tomarlo,
Y luego á matarlo envía.
Dió cargo de ello á Harpagó,
De quien sin duda creia
Que todo lo que él mandase
En efecto lo pornia.
Harpagó tomó el infante
Como el Rey cruel queria,
Mas pensó como discreto
Lo que suceder podria.
Que era que en muriendo el Rey,
El reino su hija habria,
Y que si el niño matara
Demandado le seria,
Y en él haria el castigo
Que en su padre no podria.
Acordó de lo entregar
A un pastor que el Rey tenia,
Para que lo fuese á echar
En las selvas que él sabia.
El pastor tomó el infante
Y á las selvas con él iba;
Púsole en tierra, y dejólo,
Y á su aldea se volvia.
Acacéio que á su mujer
Halló parida aquel día
De un hijo muerto, y consigo
Por enterrar lo tenia.
Supo del nieto del Rey,
Y dónde quedado habia;
Rogóle que lo trajese,
Porque ella verlo queria.
Cuando el pastor llegó cerca
Del niño, donde yacia
Vido estar junto una perra
De pocos dias parida,
Que le daba de mamar
Y tambien lo defendia
De cualquier animal bruto
Que por comer le venia;
Y moviéndose á piedad,
Pues la perra se movía,
Tomó el infante consigo
Y á su mujer lo traía:
La perra con la querencia
Tras del niño se venía.
Ella lo tomó en sus brazos,
Y el niño se le reía,
Con que perdió de su hijo
Todo el dolor que tenia,
Y por quedarse con él

Con el marido porfia,
Que por ser de alto lugar
Ella se lo criaria.
El marido se excusaba
Y dejarlo no queria,
Diciéndole que Harpagó
A la selva enviaría
A ver si dejara el niño
Como mandado le había;
Mas ella, con el deseo
Que del infante tenia,
Una astucia pensó luego
En que el pastor no caia.
Quitó los paños reales
Al niño que los traía,
Púsolos al suyo muerto,
Y así vestido lo envia;
Mas no se engañó el pastor
En la excusa que ponía,
Que luego envió Harpagó
Sus criados en cuadrilla
Por ver si cumplió el pastor
Lo que encargádole había;
Los cuales vieron al niño
Envuelto como yacia;
Ellos no miraron mas
De aquello que parecia:
Satisfizose Harpagó,
Y el Rey seguro vivia.
Así que al niño real
El pastor por suyo cria;
Llamóle Ciro por nombre,
Que el ama así se decía.
Mientras mas iba creciendo
Mas su bondad descubria.
Jugando con los muchachos
Que eran de su edad, un día
Todos le hicieron rey,
Que nadie contradecía:
Así como rey mandaba
A todos los que queria.
Mandó azotar uno d'ellos
Porque no le obedecía;
Quejóse a queste á su padre
Con lágrimas que vertía:
El padre desde tal supo,
Grande indignacion tenia;
Va con las quejas al Rey,
Y á grandes voces decía,
Que era grande atrevimiento,
Y razon no lo sufría,
Que los hijos de los siervos
Tomasen tal osadía.
Desnudó luego al mocho
Que por la mano traía,
Para mostrar las espaldas
Cuán llagadas las tenia.
A Ciro con el pastor
El Rey á llamar envia;
Quiso saber dél la causa
Porque tal cosa hacia.
El mocho á la pregunta
Respondió sin cobardía,
Con el rostro tan sereno,
Que turbacion no sentía,
Diciendo que los mochos
Por rey alzado lo habían,
Y que aquel mocho solo
Obedecer no queria,
Por lo cual había mandado
Azotarlo como via,
Porque al rey todos tuviesen
Obediencia y cortesia;
Que él estaba aparejado
Si en aquello errada había,
De sufrir cualquier castigo
Que por ello merecia.
Admiróse mucho el Rey
De tan constante osadía.

Puestos los ojos un rato
En él muy mucho tenia
Un retrato de su hija:
El rostro dél parecia.
Vinoselo á la memoria
El sueño cuando dormía,
La respuesta de los magos
En su mente repetía;
El tiempo en que nació el nieto
Con la edad dél conferia;
Quiso saber del pastor
De dónde habido lo había;
Afirmó que era su hijo,
Mas el Rey no lo creía.
Dijo al pastor que dijese
De voluntad, sin porfia,
Lo que confesar por fuerza
Con tormentos le haría.
Luego confesó el pastor
Lo que en secreto tenia.
Conoció el Rey ser su nieto,
Y que á su pesar vivía;
Mas parecióle que el sueño
En aquesto se cumplía,
Que fué rey de los mochos
El nieto de quien temía,
Y que de allí en adelante
Ya sin temor viviria.
Parecióle que bastaba
Quebrantarle la osadía
Con duras reprehensiones
Que en su presencia le hacia;
Mas á su amigo Harpagó
Grande odio le tenia
Porque el niño no matara,
Aunque mucho lo encubria,
Y en venganza de lo hecho
Matóle un hijo que había,
Y desde mandó guisarle,
Al padre á comer convidar.
Dióle á comer á su hijo,
Que la maldad no sabia.
Preguntó el Rey á Harpagó
Si era buena la comida:
Respondióle que tan bien
No comió en toda su vida.
—Pues á tu hijo comiste,
Astiáges respondia,
Porque sepas á tu Rey
Obedecer sin falsía.—
Gran dolor fué el que Harpagó
En su ánima sentía,
De ver que á su mismo hijo
Sepultado en sí tenia;
Mas calló, porque otra cosa
Hablar no le convenia.
A Persia como en destierro
A Ciro el abuelo envia,
Donde por nieto del Rey
El pueblo le conocia.
Criábase en ejercicio
Que á su sangre convenia;
Trataba armas y caballos,
Y cazas y montería,
Hasta que creció en edad
Y fuerzas y valentía.
En este tiempo Harpagó
En gran tristeza vivía;
Tenia disimulado
Su dolor cuanto podia;
Cómo pudiese vengarse
En su pecho revolvía,
Mas esperando ocasion,
La venganza deferia.
Escribe á Ciro una carta
En que á recordarle envia
Cómo al tiempo que nació
El Rey matarlo queria;
Que tuviese en la memoria

Cómo él le diera la vida,
Y por habérsela dado
Su hijo perdido había;
Que mirase que su abuelo
Desterrado lo tenia;
Que hiciese mucha gente
De armas y de infantería,
Y viniese á se vengar
Del Rey, pues se lo debía;
Y que él con todos los medos
Luego se le pasaria.
Mas enviarle la carta
Libremente no podia,
Que el Rey en todos los pasos
Sus guardas puestas tenia,
Tal, que desde Media á Persia
Ninguno pasar podia
Sin que viesen claramente
Qué llevaba ó qué traía.
Acordó meter la carta
En una liebre vacía;
Dióle á un siervo de los suyos,
El mas fiel que él sabia;
Echóle redes al hombro,
Que cazador parecia,
Porque yendo en aquel traje
El engaño encubriria.
Desde que vió la carta Ciro,
Y leyó lo que venía,
Soñó que uno le mandaba,
La noche cuando dormía,
Que saliese solo al campo
Bien de mañana otro día,
Y al primero que encontrase
Tomase en su compañía.
Salió como le mandaron
Por ver á quién hallaria;
Encontró con un esclavo
Que Sivaris se decía,
Captivo de un hombre medo,
Y que huyendo dél venia.
Como supo que era persa,
Recibió grande alegría;
Quitóle luego los hierros,
Que pesados los traía,
Y tomándolo consigo
A la ciudad se volvia.
Convocó los de su pueblo,
Los mas valientes que había,
Y mandó que cada uno
Una hacha traeria
Para talar una selva
Que estaba junto á la via.
Vienen todos los mancebos,
Cada cual hacha traía;
Comienzan á derrocar
Los árboles á porfia;
Acabaron muy cansados
Con la siesta que hacia.
Esto hecho, mandó Ciro,
Que tornasen otro día;
Ellos vuelven obedientes,
Mas de comer les tenia
Muchos manjares y buenos,
Y la bebida muy fria.
Desde que hobieron bien comido,
Cada cual cuanto queria,
Preguntales que de dos
Cuál mejor les parecia,
El trabajo de la selva,
O el banquete de aquel día.
Cada cual dijo por sí,
Que el banquete escogeria.
Pues sabed, les dijo Ciro
A toda la compañía,
Que si servís á los medos
Con temor y cobardía,
En semejantes trabajos
Viviréis toda la vida.

Todos fueron muy alegres
De oír lo que les decía:
De morir en tal demanda
Cada cual le prometía.
Luego se parte de Persia
Con mucha caballería:
Desde que el Rey supo la guerra
Que su nieto le movía,
La defensa de su reino
A Harpagó le cometía,
Olvidado de la injuria
Que ántes hecho le había.
Con mucha gente Harpagó
Al encuentro le salía;
Pero dióse luego á Ciro
Con la gente que traía.
Como Astiáges lo supo,
Mucha mas gente hacia;
El mismo sale con ella,
Que de otro no la fia.
Ordenó toda su gente
Segun que bien lo sabia:
A los que puso en batalla
Claramente les decía,
Que si los de la vanguardia
Huyesen con cobardía,
Como si enemigos fuesen
Los mataran á porfia.
Comienzan á pelear,
Mucha sangre se vertía;
Pero la gente de Ciro
Con temor se retraía,
Y no pudiendo sufrir
Ya, las espaldas volvia.
Sus madres y sus mujeres
Al encuentro les salian
Rogando que á pelear
Tornasen con osadía;
Mas tornar á la batalla
Ninguno de ellos queria.
Ellas alzando las faldas,
Las vergüenzas descubrian:
Pregúntales si en los vientres
Otra vez entrar querian.
La gente con la vergüenza
A la batalla volvia;
Hizo huir á los medos
Que en el alcance venian.
Fué preso el rey Astiáges
Y muerta su compañía,
El cual Ciro vencedor
Otra cosa no le tira;
Mas del reino así en los medos
Feneció la monarquía,
Que otro tiempo en los asirios
Con gran gloria florecia:
Pasóla Ciro á los persas
Con esfuerzo y valentía.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

493.

CONTINENCIA DE CIRO CON PANTEA, ESPOSA DE ABRADATES.

(De Juan de la Cueva.)

Puesto en el sangriento campo
El victorioso rey Ciro,
Mirando el cruel estrago
Que había hecho en los asirios,
Cuya victoria via clara,
Y deshecho el enemigo,
Roto el campo y á sus persas
Gozosos del buen destino,
Recogiendo los despojos
Del enemigo vencido,
Estando ocupado en esto,
Llegaron con gran ruido
Una escuadra de soldados

Aun con las armas vestidos,
La sangre reciente en ellas,
Y ellos en ella teñidos,
Y le dicen, que una reina
Han en el robo cogido,
La cual llamaban Pantea,
Reina en Susa y su distrito,
Que era la mas bella hembra
Que ojos mortales han visto;
Que se la traian por gaje
Señalada á su servicio,
Porque solo á él juzgaban
De aquel alto premio dino.
Ciro les acetó el don,
Y alegre lo ha recibido.
Sin querer ver la cautiva,
Su guarda le ha cometido
A un medo llamado Araspa
Del Rey muy favorecido,
El cual, viendo la belleza
De la Reina, al Rey ha dicho:
—Gran Señor, ¿por qué cometes
La presa, que te han traído,
A mí, sin verla primero,
Habiéndola conocido
Para satisfaccion tuya,
Y para descargo mio,
Y para que veas, en verla,
Mas belleza que has visto,
Y mas que puede decirse,
De las que en Asia han nascido,
Cuya hermosura igmensa
Admira cualquier sentido?
Regala el alma y los ojos,
Deja á quien la ve cativo,
Que yo, y todos los que estamos,
Que han ido á verla conmigo,
Afirmen la opinion mia,
Y tú, si fueres servido
De venir conmigo á verla,
Viéndola, dirás lo mismo.
Ciro, que al medo está oyendo,
D'este modo ha respondido:
—Por esa mesma razon
No vendré en lo que has pedido;
Que por donde mas me obligas,
A huir mas soy compelido;
Que estando, cual ves, ocioso,
Siendo á tu dicho movido,
Y á las altas alabanzas
Con que me has persuadido
A que vea esa cautiva,
Cuya beldad has subido
A tanto extremo, que entiendo,
Que si fuese conmovido
A verla, sería ocasion
Que pudiese en largo olvido
Los negocios de mi Estado,
De mi dignidad y oficio,
Y que el verla me forzase
A visitarla contino;
Y habiendo tanta belleza
Cuanta me has encarecido,
¿Qué resistirá el deseo,
Puesta el alma en tal peligro,
Si doy licencia á los ojos
Para privar el juicio,
Y que ellos mi libertad
Liguen, y me den rendido
A la fuerza que amor hace,
Que el ver es d'ella principio,
Y de alegre y vitorioso
Sea d'el siervo y cativo?
Mira tú, Araspa, si es justo
Ser á este extremo traído,
Y si es mejor no mirar,
Que por mirar ser perdido;
Por lo cual tenia tú en guardia,
Regalada en nombre mio.

Mira por su honestidad,
Sirvela como á mí mismo;
Que le hará mas al caso,
Que el visitarla el rey Ciro.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

494.

ARASPA, CAPITAN DE GIRO, INTENTA FORZAR Á PANTEA
Á QUIEN EL REY PUSO BAJO SU AMPARO Y GUARDA.

(De Juan de la Cueva.)

Forzado del ciego amor
Y de su deseo incitado,
El medo Araspa se ardia,
Sin ver remedio en su estado,
Abrañándose en el fuego,
Que le enciende su cuidado
Por la hermosa Pantea,
Que Ciro en guarda le ha dado,
Cuya beldad le ha movido,
Y aun de la razon privado;
Que traspasando la ley,
Que á guardar es obligado,
Dió lugar á la crueza
De amor, y d'ella forzado,
Viendo qu'el fuego secreto
No lo deja reposado,
Y que toma mayor fuerza,
Cuanto mas está guardado,
Así con abiertas muestras,
No con miedo recatado,
Sin mirar á su lealtad,
Ni á lo qu'el Rey le ha mandado,
Mas con suelta libertad,
A la Reina le ha rogado,
Que remedie su tormento,
D'ella y su beldad causado,
Y que le da su palabra
Que libre la dé á su Estado.
La reina Pantea, aunque presa,
No por eso le ha otorgado
Su demanda, ántes con ira
Fué de nuevo desdeñado;
Lo cual encendió en fiebreza
Al medo, en fuego abrañado,
Y lo alteró de tal suerte,
Que así la dice enojado:
—Pantea, si no te obliga
Mi razon ni mi cuidado,
Ni mis ardientes suspiros
Mueven tu pecho obstinado,
Ni mis continuos servicios
Te han á mi ruego inclinado,
Ni verte en mi cativerio
Te ablanda, ni te ha obligado,
La fuerza hará que seas
Tú rendida, y yo pagado,
Cumplida mi voluntad,
Y tu don menospreciado.
Pondréte en dura prision
Donde del sol no veas rayo;
Cargaréte de prisiones,
Que no muevas pié ni mano;
Cortaréte, por mas mengua,
Ese cabello dorado,
Que ha puesto mi libertad
Y mi vida en tal estado:
Quebrarte he esas luces bellas
De cuya luz so abrañado;
Dejaré el divino rostro
De su beldad despojado,
Con vergonzosas heridas,
Que quede desemejado:
Tendréte desnuda en carnes
Y de mí será otorgado
A cuantos quisieren verte
Desnuda así, sin ornato,

Si no me das hoy respuesta,
Y otorgas lo que demando.—
La honesta Pantea responde,
Con semblante sosegado:
—Ni muerte, prision, ni fuerza
Me pueden poner espanto,
Que la virtud que me mueve
Me da esfuerzo en este caso;
Y aunque tu violencia haga
La fuerza que ha protestado,
Bien podrá rendir el cuerpo;
Pero no rendirá el ánimo.
Y dejando estas razones,
Que son de hombre apasionado,
Pudieras, amigo Araspa,
Ya que estás tan lastimado,
Obligarme á tu demanda,
Y no por fuerza de brazo;
Que no conmueve mi pecho,
Ni le altera el verte airado.
Los regalos y mercedes
Que me has hecho en mi trabajo,
Son los que me hacen fuerza
A que remedie tu daño,
Y deje la ingratitud
Con que siempre te he tratado,
Y empiece á galardonarte
Cual se debe á tu cuidado,
Para lo cual te suplico
Me des este dia de plazo.—
Con esto se apartó el medo
Algun tanto sosegado,
Creyendo que la respuesta
Era cual habia escuchado.
Pantea á temor movida
Qu'el bárbaro enamorado,
No se dispusiese al hecho
De su ciego amor forzado,
Determina por remedio
En tan peligroso estado
Escribirselo al rey Ciro,
Al cual dice sobre el caso:
«Gran señor, en el destroz
»De nuestro asiriano campo,
»Yo, Pantea, fui cautiva
»De tus persianos soldados;
»Y traída á tu presencia.
»Tú, valor alto mostrando,
»A un medo me diste en guarda,
»El cual Araspa es llamado,
»Encargándole mi honra,
»Y en mi servicio el cuidado.
»Este, ciego de deseo,
»Conmovido y alterado,
»Vencido de su locura,
»Con amor desenfrenado
»Ha intentado hacer fuerza
»A mi querer, y obstinado
»En este nefario intento
»Hoy de término me ha dado.
»Suplico á tu Majestad,
»Que sea de tí estorbado
»Que se ofenda mi pureza,
»Y se quebrante tu mando.
»Y si se me da licencia,
»Y de tí me es otorgado,
»Llamaré al Rey mi marido,
»Que venga á ser tu vasallo,
»Y á servirte en esta guerra,
»Cual uno de tus soldados,
»Donde pague alguna parte
»De lo mucho que es en cargo.»
La carta fué dada á Ciro,
Y leyéndola ha quedado
Lleno de espanto, y de ira
Congojoso y alterado,
De que Araspa tal hiciese,
Siendo d'él tan estimado;
Y así mandó que al momento

De allí fuese desterrado,
Concediéndole á Pantea
Cuanto le fué demandado
Por su carta, y dió licencia,
Que entrar pudiese en su campo
Abradata su marido,
Que en su nombre fué llamado.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

495.

MUERE ABRADATA, ESPOSO DE PANTEA, EN DEFENSA DE GIRO.

(De Juan de la Cueva.)

Su ejército mueve Ciro
Contra el poderoso Crespo,
Protestando de arruinarlo
Si el hado no le es adverso,
Y traerlo á sujecion
Destruyéndole su imperio,
Cual á los fuertes asirios.
Y á los egipcios ha hecho;
Para lo cual se adereza,
En este intento resuelto:
Manda que marche la gente,
Y él tambien en orden puesto,
Animando á sus soldados,
Capitanes y prefectos,
Prometiéndoles á todos
Gran gloria, y doblado sueldo
Al que en aquesta jornada
Mostrare mayor esfuerzo.
Yendo su via derecha
A dar principio al suceso,
Pantea, reina de Siria,
Mujer de Abradata, viendo
Ir su marido á la guerra,
Y á entregarse á Marte fiero,
No olvidando las mercedes
Que Ciro siempre le ha hecho,
Rompiendo por entre todos,
En el escuadron se ha puesto,
Y al marido en alta voz
Así le exhortó diciendo:
—Abradata, señor mio,
A quien vida y alma entrego,
Quiero con pocas razones
Decirte el fin á que vengo,
Y es que tú vas á la guerra,
Que Ciro hace al rey Crespo;
Vas en servicio de Ciro
En cuyo servicio y reino
Pido que des clara muestra
De tu virtud y tu esfuerzo,
Y que no vuelvas á verme
Sino vitorioso ó muerto;
Que mas te quiero sin vida,
Que de honroso nombre ajeno.—
Esto dicho, marcha el campo,
Y el campo al otro viendo
Ordenan sus escuadrones,
Tiros y armas proveyendo.
Dan principio al cruel combate,
La ronca señal oyendo:
Por todas partes se hieren
Con fiera saña y sin miedo.
Los persianos recogidos
A los de Lidia ofendiendo,
Agora con fieros tiros,
Hora con golpes horriblos,
Por una banda y por otra,
Apretando y oprimiendo
Al ejército de Lidia,
Que ya iba enflaqueciendo;
Al cual, puesto casi al fin,
Abradata arremetiendo
Con sus carros, por un lado,
Fiero estrago en Lidia haciendo,

Cercado por todas partes,
Hiriendo á diestro y siniestro,
Abradata, no vencido,
Mas vencedor, cayó muerto,
Siendo ya deshecho el campo,
Y en poder de Ciro, Creso.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

496.

PANTEA, VIENDO MUERTO Á SU ESPOSO ABRADATA,
SE SUICIDA EN PRESENCIA DE CIRO.

(De Juan de la Cueva.)

Llorando estaba Pantea
A Abradata su marido,
Que fué muerto en la batalla:
Muerto, pero no vencido;
La cual le sacó del campo
De entre los muertos y heridos,
Y sobre sus flacos hombros
Lo puso en el campo amigo,
Con no pequeño trabajo,
Ni fuera de gran peligro,
Para darle sepultura
Por último beneficio.
Mirándole está las llagas,
Que dan de su esfuerzo indicio,
Y lavando con sus ojos
La sangre en que está teñido,
Juntaba el purpúreo rostro
Al muerto y descolorido,
Dando su amoroso aliento
Al que estaba sin sentido,
Aguardando que respire
El espíritu rendido.
Llamándole por su nombre,
Con dulce voz y alto grito,
Esparcía sus cabellos
Sobre el cuerpo muerto y frío.
Querellándose del cielo,
De la tierra y del destino,
Volvia á pegar el rostro
Teniendo el del muerto asido,
Haciendo tantos extremos,
Dando tan recios suspiros,
Que en ellos rindiera el alma
Si en esto no entrara Ciro,
Y viéndola d'esta suerte,
Y muerto su caro amigo,
Enternecido y llorando,
Teniendo su mano, dijo:
— ¡Oh buen amigo Abradata!
¡Oh Abradata, amigo mio!
¿Cómo te vas y me dejas
Sin tí, puesto en tal peligro?
¡Oh mi fiel compañero!
¿Cómo así te veo perdido,
Sin poder darte remedio,
Ni el premio á tu esfuerzo dinó?
Lo cual haré yo en tu muerte,
Pues en tu vida no ha sido. —
Con esto soltó la mano
De Abradata el persa Ciro,
Dando á Pantea muchos dones
Con que honre á su marido:
La cual con nuevos clamores
Del Rey los ha recibido,
Y puesta ante él de rodillas
Dice: — ¡Oh Rey! solo te pido,
Ya que la muerte invidiosa
Robarme mi gloria quiso,
Despojando de mi alma
El alma con que ha vivido,
Que nos honres en la muerte,
Pues que no pudiste, vivos. —
Esto diciendo, furiosa

Con un agudo cuchillo
Hirió el pecho, y salió el alma
Roto de ella el vital hilo,
Cayendo muerta Pantea
Sobre los brazos de Ciro.

(CUEVA, Coro Febo, etc.)

497.

MUERTE FATAL DE ÁTIS, HIJO DE CRESO, SOBRE CUYO CADÁVER
SE INMOLA SU MATADOR INVOLUNTARIO ADRASTRO, PRÍNCIPE
DE FRIGIA.

(De Juan de la Cueva.)

Afligido está el rey Creso,
Lleno de ansiosos cuidados
Que no le dejan un punto,
Ni le conceden descanso.
Teme la ira del cielo
En un sueño que ha soñado
Y conoce que los dioses
Con él le han amenazado.
Y fué que á su hijo Átis,
Qu'era su vida y regalo,
Soñó que le daban muerte
Con hierro, y d'esto espantado,
Buscaba cómo pudiese
Contrastar la orden del hado,
Creuyendo que industria humana
Pueda con los altos astros.
Y así luego que del sueño
Quedó en pavoroso espanto,
Del ejercicio de Marte
A quien el hijo era dado,
Lo apartó, y por mas seguro
Trató luego de casallo;
Que los terrestres juicios
No se levantan mas altos.
Mandó así quitar al punto
De las salas de palacio,
De todos los corredores,
De los zaguanes y patios
Las lanzas que habia colgadas,
Las partesanas y dardos,
Por que no cayese alguna
Que pudiese hacerle daño.
Hecha aquesta prevencion,
Y otras por asegurarlo,
Llegó el tiempo en que Himeneo
A las bodas invocado
Vino al casamiento de Átis
Vestido de cendal blanco,
De flores y mayorama
El nupcial dios coronado,
Con una antorcha en la diestra,
Y un flamé en la otra mano,
Que un velo amarillo era
Con que ataba los casados,
Los veloces piés compuestos
Con zuecos azafranados.
Estando en su ministerio
El dios amoroso y blando,
En fiestas y regocijos
El reino todo ocupado;
A la presencia de Creso
Llegó un hombre dicho Adrastro,
Natural de Frigia, y puesto
Ante el Rey dijo llorando:
— Creso, á quien es concedido
Del alto Jove descanso,
Con piadoso sentimiento
Oye mi infelice caso,
Así los hados conserven
En felice paz tu Estado,
Y veas á toda Asia
Puesto el yugo por tu mano,
Sin que en cosa, cual conmigo,
El cielo te sea escaso

Pues vengo de Frigia á Lidia
De su inclemencia forzado,
Y de la ira de Gordio
Mi padre, que cual contrario
Del patrio muro me lanza,
Y en destierro infame y largo,
Con tanta necesidad
Que te moverá á quebranto,
Porque sin querer hacerlo,
Con este maldito brazo
Di á un hermano mio la muerte,
Sin saber que era mi hermano.
¡Que pluguiera al alto Jove,
Que con un ardiente rayo
Me arrojara al hondo infierno
Antes que hacer tal daño;
Que menos daño me fuera
Qu'el que me está amenazando! —
Pasara con su razon,
A no acortársela el llanto;
Y así el rey Creso movido
Á lástima de su estado,
Le dijo: — Pierde el temor,
Deja la congoja, Adrastro,
Que á casa de amigo vienes
Donde serás hospedado
Como amigo y deudo nuestro,
No cual te entiendes, extraño;
Qu'eres de linaje amigo,
Y así á casa eres llegado
De amigos tuyos, do vivas
Como en Frigia en tu regalo.
Con esta piedad de Creso,
Adrastro fué consolado,
Quedándose en su real casa
Do alegre vivia en descanso.
Sucedió qu'en este tiempo
En el monte Olimpo alto
De Misia se apareció
Un jabali horrible y bravo
De grandeza nunca vista,
Que hacia mortal daño
A toda aquella comarca,
En las gentes y sembrados;
Y no siendo poderosos
Para matallo, acordaron
De demandar al rey Creso
Su favor para matallo.
Así, fuéron mensajeros
Al lidio rey enviados,
Pidiéndole que enviase
Su hijo y gente á librallos.
Siendo del rey Creso oido
De los de Misia el recaudo,
Respondió qu'él daría gente,
Y todo lo necesario
Para conseguir la empresa,
Excepto el ser enviado
Su hijo Átis á ello,
Porque lo impedía el hado.
Estando hablando en esto
Átis llegó, así hablando.
— No sé, padre, por qué causa
Me quieres hacer agravio,
En quitarme injustamente
Be lo que pide mi ánimo:
Siendo dura y grave cosa
De su natural sacallo,
Porque la naturaleza
Es tan fuerte, y puede tanto,
Que no hay cosa que la mude,
Sin que sea su sér mudado.
Tú me privaste del uso
De la guerra en que descanso;
Tú me quitas de la caza
A que los reyes son dados,
Y debe de ser sin duda
Porque me sientes tan flaco
De corazon, que así suples

Lo que d'él conoces falto. —
Creso que lo estaba oyendo
Le responde: — ¡Oh hijo amado!
No es esto tener yo duda
De tu esfuerzo y valor alto,
Ni codiciar tu deshonra,
Ni querer hacerte agravio,
Cual dices, pues no me mueve
A hacer aquesto que hago
Otra cosa ni otro intento,
Sino el quererte yo tanto,
Y el temor de un sueño horrible
Que de mí jamas aparto,
Que de tu inmadura muerte
Es miserable presagio:
Porque yo estando al sabroso
Sueño, en quietud reposando,
Soñé que habías de morir
A hierro, y d'esto espantado
Te aparté de los peligros
Que pudieran serte daño,
Y por tenerte seguro
Te casé cual te he casado. —
Átis, que oyendo está al padre,
Replicó: — No has acertado,
Alto Rey, ni el sueño entiende
El que te lo ha declarado:
Porque si el sueño dijera,
Que dispone el crudo hado
Que habia de ser con diente
Mi muerte, era acuerdo sabio;
Mas ves que en aquesta caza,
Ni hay peligro ni hay contrario,
Y el principal enemigo
Ni tiene hierro ni manos:
Claro es que sin miedo puedes,
Sin que consultes oráculo,
Darme licencia que vaya
Desechado el temor vano. —
Pareciéndole al rey Creso
Ser razon lo demandado,
Otorgó el ruego del hijo
Encargándosele á Adrastro
Que le mirase por él,
Sin que lo perdiese el lado,
Poniéndole por delante
La amistad, que le era en cargo,
Pues lo recibió en su casa
Cuando vino desterrado.
Adrastro se encargo d'él,
Cual del Rey le fué mandado,
Y así se partieron todos,
Y al monte Olimpo llegados,
Comenzándose la caza
Rodeando el monte y llano,
Dieron con el jabali
Arrimado á un grueso árbol,
Que viéndolos, furioso
Salió á ellos denodado,
El cerdoso cerro enhiesto,
Perros y armas despreciando;
Y aunque cercado de todos,
Arremete á todos bravo.
A cuál atropella, y cuál
Ensangrienta en él su dardo:
Tiranle unos, tiranle otros,
Y él contra todos parado,
Resistiendo la violencia
Con semblante y brio gallardo.
A este punto lleno de ira
Llegó por un lado Adrastro
Contra el jabali, blandiendo
Con saña un grueso venablo.
Tiró y fué incierto el tiro
En la fiera, y con él dando
Por los pechos al rey Átis,
Dió con él muerto en el campo,
Cumpliendo el sueño qu'el padre
Soñó y siempre temió tanto,

Sin poder su real poder
 Librando el hijo estorballo.
 Desde al jóven vieron muerto,
 Del jabali se apartaron,
 Y en torno se ponen d'él
 Ardientes suspiros dando.
 El matador lleno de ansias
 Al muerto tomó en sus brazos
 Despedazándose el rostro,
 Llamando al cielo inhumano,
 Porque en vida lo dejaba
 Viendo la qu'él ha quitado.
 Rogaba á sus compañeros
 Que d'ellos sea castigado
 El que les mató su Rey,
 Haciéndole allí pedazos.
 Ninguno le respondia
 Impedidos con el llanto;
 Mas acordaron que luego
 Fuese á su padre llevado.
 Así al triste Atis pusieron
 Encima de su caballo,
 Y siguiendo su camino
 Al rey Creso lo llevaron,
 Al cual ya la presta fama
 Contado había el duro caso,
 Y estaba aguardando al hijo
 Muerto cual d'él fué soñado,
 No cual lo vido ir á caza,
 Mas cual lo traen traspasado
 Del mayor amigo suyo,
 Y de quien le era en mas cargo:
 Y así quejándose al cielo,
 A Jove de aquel agravio,
 Que á su hijo le matase
 Su huésped á quien dió amparo,
 Rasgábase los vestidos,
 Injusto llamando al hado.
 Estando en esto el rey Creso,
 Con el muerto hijo entraron,
 Y en viéndolo en su presencia
 Los ojos puso en Adraastro,
 Sin poder hablar palabra
 De dolor un breve espacio:
 Mirando él al matador,
 Y el matador á él mirando,
 Que puesto ante él de rodillas
 Levantó al cielo las manos
 Diciendo: —Rey poderoso,
 Yo soy quien hizo este daño;
 Yo soy quien mató á tu hijo,
 Y á quien tú lo diste á cargo;
 Y pues yo só el homicida,
 No aguardes, ni estés dudando;
 Manda que me den la muerte
 Sobre el que mató mi brazo,
 Pues di muerte ahora á mi Rey,
 Y mate ántes mi hermano,
 Cuya muerte aunque fué horrible,
 No fué insulto tan infando,
 Como á quien fué mi remedio
 Darle tan injusto pago:
 Por lo cual, Rey, te suplico,
 Que un hombre tan desdichado
 Que á su buen señor dio muerte
 No viva entre los humanos.—
 Compadecido el rey Creso
 De Adraastro y su tierno llanto,
 Le dijo: —Huésped, yo quedo
 Satisfecho, y en ti hallo
 Razones para absolverte
 Aunque te haces culpado
 Condenándote á ti mismo,
 De lo cual te hago salvo.—
 Esto diciendo hizo luego
 Qu'el muerto fuese llevado
 Para darle sepultura,
 Y llevándolo fué Adraastro
 Siempre junto al cuerpo muerto,

Y siendo al templo llegado,
 Delante de todo el pueblo
 A quien llamó, así ha hablado.
 —Aunque los hombres me absuelven,
 Y perdonan mi pecado,
 Yo no quiero perdonarme;
 Mas cual debo castigallo,
 Ejecutando en mi mismo
 Con el homicida brazo
 La muerte que di al amigo;
 Y así os ruego, ciudadanos,
 Que condolidos de mí,
 Hagais las obsequias de ambos.—
 Alzó el brazo furioso
 Y el fiel pecho atravesando,
 Sobre el muerto cuerpo de Atis
 Cayó sin alma el de Adraastro.

(CUEVA, *Coro Febeo*, etc.)

498.

ARTEMISA.
 (Anónimo.)

Aquella reina de lidios,
 Artemisa muy nombrada,
 Mujer de Mausolo, rey,
 En sus hechos afamada,
 Quería mucho á su marido,
 También d'él era acatada.
 Decía que la mujer
 Para ser muy bien casada
 Que habia de obedecer,
 Y obedeciendo callada;
 Que manda la que obedece
 Dentro y fuera su posada.
 Muerto que la fué el marido,
 Esta reina, muy osada,
 Al marido hizo quemar
 Como cosa acostumbrada,
 Y poco á poco bebió
 La ceniza en agua echada,
 Diciendo que no podia
 A persona tan amada
 Dalle mejor sepultura,
 Ni mas linda y estimada,
 Que su mismo cuerpo vivo,
 Por vivir mas lastimada.

(Cancionero, *Flor de enamorados*.)

499.

AL MISMO ASUNTO
 (Anónimo.)

Sobre el cuerpo ya difunto
 Del esposo que adoraba,
 Del rey de Arabia la viuda
 Sangre y lágrimas derrama:
 Rompe sus tiernas mejillas,
 Las manos tuerce y maltrata,
 Y los dorados cabellos
 Sin piedad mesa y arranca.
 Despide voces sin tiento,
 Que como leona brava,
 Dalle vida y ser con ellas:
 En vano piensa y trabaja.
 Casi muerta al muerto llora,
 Y si del todo no acaba,
 Es solo porque le queda
 Un dolor vivo en el alma.
 Lloro su pérdida y daño,
 Y la gloria ya pasada
 En la memoria presente,
 Para hacer mayor la falta.
 Fija en el cuerpo los ojos,
 Y el alma al cielo levanta.

Porque acá cuerpo con cuerpo,
 Y allá estén alma con alma,
 Los miembros vertos y frios,
 Abrasa en ardientes llamas,
 Dando en esto clara muestra
 Que ella en las de amor se abrasa.
 En aguas muy olorosas
 Con las que vierte y derrama
 De sus cristalinos ojos,
 Mezcla las reliquias caras.
 Y ántes que con llanto triste
 Las sepulte en sus entrañas,
 Con voz flaca y decaída
 Como pudo, así le habla.
 —Viviréis siquiera en mí,
 Y pues la fortuna avara
 De vida y alma os privó,
 Gozaréis mi vida y alma.
 Serviréis, tiernas cenizas,
 Para conservar las brasas
 De mis fogosas pasiones,
 Porque duren, crezcan y ardan.
 Tampoco funeral pompa,
 Vuestra muerte y mis desgracias
 Perderán por enterraros,
 Dulce esposo, en mis entrañas;
 Que del corazon las telas
 Serán las tristes mortajas;
 Tumba el levantado pecho
 Que mis suspiros levanta;
 Campanas mis alaridos,
 Voces que del cielo pasan,
 Que el acero de mi fe
 Las hace sonar tan altas.
 Por pobres, en vuestro entierro,
 Mis merecimientos se hallan,
 No como suelen vestidos,
 Mas desnudos de esperanzas.
 El pésame es de vivir,
 Que es vivir seros ingrata;
 Cabo de año el de los míos,
 Que acabado vos, se acaban.
 Y pues solo queda en mí
 La memoria viva y sana,
 Dejais alma en mi memoria
 Y vuestra memoria en mi alma.—

(Romancero general.)

500.

HECHO DE JÉRJES CON UN PILOTO QUE LE SALVÓ
 DE UN NAUFRAGIO.

(De Juan de la Cueva.)

Desbaratado el rey Jérjes,
 Y vencido en Salamina,
 Dejando á Mardonio en Grecia,
 Trecientos mil hombres guia
 Al Helesponto, á pasarse
 En Asia, pues no tenia
 En su miserable aprieto
 Otro reparo su vida.
 Yendo el miserable Rey
 A guarecer su desdicha,
 Hallando quebrado el puente,
 Que le impidió hacer tal via,
 Le fué forzado meterse
 En una nao de Fenicia
 Para pasar á su tierra,
 Y con él la compañía
 De los mas nobles de Persia,
 Que tras sus pasos seguian.
 Yendo en su viaje el Rey,
 No libre de sus fatigas,
 Viendo la perdida gente
 Que deja, y viendo cuál iba
 Corrido y avergonzado
 De su infelice caída

El hado, qu'en daño suyo
 Todo su poder conspira,
 No contento qu'en la tierra
 Fuese su fuerza rompida,
 Quiso que en el fiero mar
 Probase tambien su ira;
 Y así conmovió el tridente
 El dios qu'en el mar se anida.
 Comenzó á bramar el viento,
 A faltar la luz del dia;
 Las negras y espesas nubes
 Lanzan agua, echan pedrisca;
 Carga el viento, rompe velas,
 Los árboles se lastiman;
 Pierde la nao su gobierno
 Sin poder hacer su via;
 Cresce, en la cruel tormenta,
 En los de la nao la grita,
 La confusa turbacion,
 Los votos, las rogativas,
 El no entenderse una cosa
 Aunque mil veces la digan,
 El estorbarse unos á otros
 Con el miedo y la fatiga.
 Cuál apareja la tabla,
 Para echarse al mar encima;
 Cuál la caja tiene puesta,
 Y cuál el madero ahista.
 El piloto viendo el tiempo,
 Que su furia no mitiga,
 Fué donde estaba el rey Jérjes
 Y ant'el puesto así le avisa.
 —Gran Rey, ya ves la fortuna,
 Que nos sigue en nuestra ida;
 Ya ves el paso en que estamos
 Que á la muerte nos convida;
 Ya ves que no hay aparejo,
 Ni hay vela sin ser rompida:
 El timon caído al mar,
 Y la nao, que no camina,
 Y la tormenta que arrécia
 Mas, cuanto mas falta el dia.
 Conviene pues, gran señor,
 Si quieres salvar la vida
 Alijar de tanta gente
 La nao, porque así podria
 Salvarse, y no de otra suerte,
 Porque al mar la veo rendida.—
 Jérjes, oyendo al piloto
 El ánima le lastima
 Entender que su peligro
 Demanda tal medicina;
 Y viéndolo tan notorio,
 Pues ya el mar tenían encima,
 Puesto en medio de los suyos
 Dijo: — ¡Oh noble compañía,
 Que con tan firme constancia
 Me seguís en mis desdichas!
 Haya agora entre vosotros
 Señal del amor y estima
 Que me habeis siempre tenido,
 Y dad órden que redima
 La vida este vuestro Rey
 A quien la fortuna esquivó
 Sigue, pues en vuestra mano
 Consiste su muerte ó vida.—
 Como de los caballeros
 La voz de Jérjes fué oída,
 Haciendo su acatamiento
 A su Rey, en despedida,
 Se arrojan á la mar todos,
 Procurando en su caída
 No ser ninguno el postrero.
 Y así la nave se alija
 De la nobleza de Persia,
 Que andar sobre el mar se via.
 Descargada así la nave,
 La tormenta se mitiga:
 Arribó en Asia, á do Jérjes,